

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
elperroylarana

**MISIÓN
CULTURA**
CORAZÓN ADENTRO

VIAJE A SANDINO

(SAN SEBASTIÁN DE YALÍ, NICARAGUA, 1985)

ORLANDO ARAUJO



VIAJE A SANDINO

(San Sebastián de Yalí,
Nicaragua, 1985)

ORLANDO ARAUJO

1.^a edición, Ediciones Centauro, 1985, Caracas, Venezuela

© Orlando Araujo

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2016 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos:

comunicacionesperroyrana@gmail.com

atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web:

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes Sociales:

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Editorialelperroylarana

Diseño y diagramación: David Dávila

Edición: Valentina Curcó y Coral Pérez

Transcripción: María Dolores Cervantes

Corrección: Yesenia Galindo y Arlette Valenotti

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2016000423

ISBN 978-980-14-3536-5

VIAJE A SANDINO
(San Sebastián de Yalí,
Nicaragua, 1985)

ORLANDO ARAUJO

EXPLICACIÓN

Este libro no es libro, soy yo en un testimonio de amor buscándose a sí mismo. Podría decir que me jugué la vida, y es verdad que lo hice, pero eso no tiene el valor de los que vi morir con muerte jubilosa, jóvenes que no alcanzaron los treinta años y vivieron más que los teóricos del mal aliento cómodo.

Yo debiera ser aquí didáctico, hablar de estadísticas centroamericanas, evidenciar como economista, como profesor universitario, el bloqueo por aire, tierra, mar y fuego contra Nicaragua; sería una clase de trágica aritmética, algo así como poner en números el dolor, el heroísmo, la muerte y la grandeza de un pueblo cincuenta veces invadido, más todavía si contamos a España, a Walker y a Reagan. No dictaré una clase. Sería como ponerle un número al sombrero de Sandino, bajo cuya protección se acurrucaron, saltaron y se fortalecieron todos los miedos que alimentan mi fuerza.

No fui a escribir desde un hotel, ese oficio lo hacen, mejor que yo, reconocidos escritores.

Fui a Yalí, visité el frente sin mayores aspavientos, vi morir de lado y lado a gentes del mismo porvenir y de la misma historia, pero por vertientes contrarias. Somoza no ha muerto todavía, es un invasor de probeta. La Revolución Sandinista tiene la experiencia, el talento, la juventud, la voluntad y el

amor de un pueblo azotado por la naturaleza, por la tiranía y por el imperialismo, y que ahora sobrevive, defiende y consolida su libre albedrío, su identidad, su condición humana y el profundo irreversible orgullo de ser libre.

El Papa, el Santo Padre, el heredero de mártires y pobres lo sabe pero no lo acepta. Reagan también lo sabe, pero su poder consiste en la industria de la guerra, y la industria de la guerra se fundamenta en la negación de la libertad, tanto adentro como afuera del imperio, y cuando digo imperio me refiero a la industria de la guerra y a los ambiguos escritores y parlantes del club de las plumas alquiladas bajo el disfraz de la gloria de los mercaderes.

Hay honorables mercaderes hasta en el templo, sólo que Jesús era un extremista de látigo en mano. Eso también lo saben los burócratas de San Pedro.

Pero esto que escribí en un puesto de avanzada de San Sebastián de Yalí, más allá de Jinotega, más allá de San Rafael del Norte y bien cerca del río Coco, no es una escritura polémica ni política ni económica ni literaria. Soy yo en Nicaragua y Nicaragua en mí. Es un viaje a Sandino, y a Sandino no se le miente.

ORLANDO ARAUJO

SANDINO REGALA UNA CANTIMPLORA

Habla Gustavo Machado:

"Cuando yo llegué al campamento, uno de los aviones de guerra norteamericanos estaba disparando a las tropas sandinistas a vuelo rasante. Era una arremetida impresionante. Mataban y mataban todo lo que se movía. El coronel Quintero se subió a una alta montaña por encima del nivel de los aviones que estaban disparando y dio en el blanco a un aviador norteamericano, cuyo avión cayó inmediatamente en tierra. Luego Sandino me sorprendió entregándome la cantimplora del piloto mientras me decía:

"Bueno aquí está esto. Yo quiero que el licenciado Machado, que viene de México, se lleve este recuerdo".

Se trataba de la primera cantimplora capturada a un aviador norteamericano por un combatiente sandinista.

"La figura de Augusto César no hay quien pueda aniquilarla y si el pueblo de Sandino es atacado, si Nicaragua es atacada, yo con mis manos y mis pies, un poco maltratados por mis 84 años, me iría a luchar por Nicaragua... Allí están mis hermanos, Salgado, Francisco Estrada, los Colinder, los Madariagas, el comandante Tomás Borge, los Ortegas, gente de combate, muy peleadora, en fin, muy valiosa".

* * *

No hay dedicatoria al modo florido, romántico y postal.

Hay nombres, gentes ligadas, abrazadas al destino de Nicaragua con las cuales de algún modo marginal se enlaza mi vida irregular. Herty Levite (Mauricio y Enrique en clandestinidad), hoy ministro y de verdad ministro, que en latín significa servidor de su patria; Ernesto Cardenal, valiente y sencillo, lleno de amor y de poesía, profundo en la mirada, mágico en palabra; Daniel Ortega, comandante, con la serena inteligencia del guerrero de buen pulso dirigiendo a su país; Freddy Balzán, un periodista venezolano, un intelectual que sin alardes

maneja pluma y arma a dedicación exclusiva de la revolución; María Teresa Castillo, a quien Nicaragua debe el afán con que trabajó, y lo hace todavía, por su libertad, y a quien yo debo el calor de su amistad cubriendo mis huesos lívidos.

Va por Baltodano, Lanuza, Bosco, comandantes en Yalí, va por los oficiales, por Oscar Cornejo, el incansable médico, por los Cachorros, por quienes juegan cada día la vida, defendiendo la vida que han creado y seguirán creando y con quienes conviví uno de los más intensos tiempos de mi vida.

* * *

Vi desde una ventana del avión a Trina, a Sebastián y a José Guzmán, el del abrigo de amor.

Después el mar, el aire, el cielo, las nubes, la soledad, un trago y Dios.

Estoy en Panamá sin conocerla, conociendo.

Una mujer por quien florecería mi seca vida, me regala una empanada. Me mira con dulzura y tiene dos hijos, ya son míos, en Panamá, tránsito de gloria y de maldad. Amelia es su nombre y ya me comprende en breve instante de pedirle que me sirva un ron de su tierra mientras, al lado, voy a comprar y compro dos cantimploras siguiendo la belleza de José Vicente

Abreu, un hombre que no ha muerto, porque la vida se enamora tanto de él.

Es mi primer día y aquí estoy esperando un avión que me llevará a Nicaragua en esta misma tarde. Viajé y voy solo, tan acompañado de mismito yo.

Comienzo a escribir frente a una mujer que mira a un ser extraño, pero que sin reservas le dice cómo llegó a querer a Omar Torrijos.

* * *

Jamás he soportado a la gente que habla sin vehemencia, tienen el corazón monótono.

Este gringo a mi lado no cesa de hablar, es toda una paranoia verbal, un moscardón que gira y gira sin llegar a Shakespeare, ni a Byron, ni a Whitman y habla de todos ellos y de Conrad, y no se calla, ni aun cuando bebe la cerveza y paga la fácil vecindad del tedio. Es como si rezara, es el murmullo de una vida aniquilada, prendida de la única cuerda que le queda, una voz y una tos y el desmayo de sus largos y cansados pelos que habitan fieles un cráneo de melcocha.

* * *

Cuando bajé del avión estaban Ernesto Cardenal, Herty Levite, Freddy Balzán, bebimos juntos en el cristal de las manos de la vida, que no se rompe nunca porque nuestros huesos tienen alma.

* * *

Fui bien temprano a los mercados, se están quedando vacíos los estantes y sé que vendrán tiempos más duros.

Nicaragua es Nicaragua bajo el peso y la culpa de Dios, un desconocido habitante de los cielos. Jesús, el Cristo, liberó por dentro al hombre. ¿Qué Papa ha liberado siquiera una aldea?

Es bello y genial este Papa, pero no es el heredero del hijo del Señor, es un político brillante, ojalá uno pudiera ser tan sabio como él y tiene mi bendición, yo no tengo la de él y no la busco, ni la quiero. Quiero el Dios con quien hablo sin pedir permiso a la burocracia de la cruz del Vaticano.

Siempre he pensado que amar a un Dios desconocido es amar y andar y rabiar y pelear por lo que nos forma por dentro: el barro que llora, ama y combate, para que la piel que nos cubre se desprenda dejando el hueso tibio de la libertad.

Esos huesos han alumbrado el camino de América y en una noche de luna esos huesos brillan en la memoria de los hombres cada vez que alguien ama, llora y se da como una rosa en las manos de los humillados y ofendidos.

* * *

El gringo a mi lado habla y habla, pido perdón a los reptiles y a las cucarachas, frente a la empolvada cucaracha de Washington, un hombre de papel toilet.

* * *

Estoy en el Hotel Intercontinental Managua; anoche vi el uniforme que voy a llevar, está en la casa de Freddy Balzán, pedí que me dieran dos y la gorra y las botas, pedí que no me cuidaran; estaré unos pocos días, beberé en ausencia por los amores que alimentan la fuerza de mi corazón.

Conocí el arma que voy a llevar y tengo una cartera de tela con cuadernos, como en los viejos tiempos de la escuela. Me siento discípulo de una religión donde los apóstoles no niegan lo que han sido, apenas en la madrugada cante un gallo.

* * *

Este maldito gringo no se acaba de ir y dice que es *very expensive* lo que ha de pagar al taxista, un hombre que perdió a su mujer y a su hijo sin saber ni siquiera quién disparó.

Ladilla de las ingles de un caballo muerto, y sigue hablando en espera de la invasión.

* * *

Fui a un mercado esta mañana, ya los estantes van quedando vacíos.

Un pueblo llena de amor y de fiereza su propio destino.

* * *

Me jode este gringo, sigue hablando y salmodiando como cuando en la casa de mi infancia rezaban el rosario diciendo aves marías, letanías y contando en las manos los misterios dolorosos.

Ernesto Cardenal es bello y fuerte, estuve en su casa ayer, lleva por dentro el fuego y la luz de su fe y de su poesía, el Papa, digamos el Santo Padre, ni es padre ni es santo. En el fondo es Reagan y ambos son admirablemente actores. ¿Quién dirige la comedia? Son comediantes detrás de una tragedia.

* * *

El gringo por fin se calló. Duerme y ronca en un sofá del hotel, lo vomitó, ya sabremos si dólares o armas, tendido está como un papel secante.

* * *

Vi edificios y casas todavía en ruinas desde el terremoto en que perecieron 25.000 nicaragüenses. Gente acostumbrada a morir no tiene miedo ni a la naturaleza ni a la guerra, ahora ya están preparados para seguir muriendo si esa muerte es necesaria para la vida de sus hijos en creadora libertad, y así tiene que ser porque si no fuera así, la vida sonaría por fuera como una cáscara sin médula.

* * *

De pronto me asusto cuando estoy solo y brilla el sol.

* * *

Pocas veces he amado acompañándome conmigo, qué irónico destino, porque es precisamente cuando mi vida rinde su egoísmo, en Nicaragua y va conmigo.

* * *

Tengo miedo, no de morir, sino de que me haya olvidado la montaña, yo que tanto la caminé en vida de mi padre; él no me perdonaría que ya no fuera el jinete de mí mismo.

* * *

La flauta sola, ni tan sola, había una pandereta en las manos de colibrí de una india más bella que un continente.

Pero la flauta, Dios mío, la flauta cantaba con luz de ocaso la nostalgia del amanecer.

* * *

Me destroza la vida con que he roto otras vidas, sólo que no puedo arrepentirme del amor y si de nuevo comenzara, de nuevo sería yo padeciendo el espanto de mí, un hombre a quien encuentro, a veces.

* * *

Hay llanto en este desafío. Tomé en mis manos el fusil, mi compañero de viaje, no me lo quitarán, y

estoy seguro que alguien, a mi lado, no permitirá que me lo quiten de la mano.

* * *

Ya es noche. Hoy la revolución tomó y decretó medidas que no desafían a nadie, sino al propio coraje de ellos y del pueblo de donde no han salido porque nadie sale de las vísceras de muy por dentro, y muy por dentro son ellos, un pueblo en tanto dolor y sufrimiento y muerte que nadie sobrevive si no es muriendo.

* * *

La terrible noche de Sandino abrió esta claridad, que yo veo en los ojos de brillante de las mujeres, bellas como para defender su amor a bala limpia, y en los hombres que te miran. Sonríen con la tranquila virtud de ser fuertes.

* * *

Mañana es febrero nueve de mil novecientos ochenta y cinco, a quince años del siglo veintiuno.

Reagan estará muerto y no resucitado.

Yo también, con una diferencia: ni tengo el poder ni tengo un imperio.

Viviré más que él.

* * *

Soy un viajero de soledad cobarde. Me aprieta el corazón cuando amanece y quisiera haber muerto sin saberlo.

Me ronda la vida por todos los costados.

Estoy pocos días en Managua, antes de subir a la montaña. La montaña es mía.

Esta señora mujer pianista va muriendo en sus hijos; dos han muerto y uno pequeñito está en espera. No hay insulina ni vitamina K, gracias a los Estados Unidos.

La abeja de la miel nerviosamente endulza a dos bellos invasores: los árboles y el sol.

Esta niña exagera, ya su hijo de seis años sabe montar y desmontar una metralleta.

* * *

Entre mis ojos toco y acaricio el pensamiento.
Mi cabellera pasa. Guardo por dentro de mis ojos la
muerte de Dios.

Centroamérica es la cola de fuego del imperio.
Los hombres libres, con generales de hombres libres,
con alegría de hombres libres dispuestos, resueltos
irreversiblemente para la victoria, tienen el imperio
acorralado.

* * *

De larga vida, estas flores no son mías, siendo
yo el terrateniente de mis ojos. Los gringos beben
la cerveza que no pagan y andan siempre con el me-
ditabundo cheque entre las manos. No son malos
siendo crueles, pero un mal indio como yo tiene un
látigo en la mano, mi solita vida es la gracia de ser
hombre.

* * *

Antier mataron en Yalí a un oficial, amigo mío,
precisamente en el jeep sin puertas donde yo iba todos
los días al puesto de avanzada.

Me siento el fugitivo de una muerte que no
busco.

* * *

Estoy en Nicaragua, bajo el infinito sombrero de Sandino.

Cae todo el amor del lápiz de mi mano y digo: "Tengo miedo de no morir aquí".

* * *

*Ah, y cómo siento ahora
que todo para el hombre es incompleto.*

GOETHE: *FAUSTO*

Estuve anoche en casa de un hombre que jugó su vida, y lo hizo de verdad. Me dijo:

—Orlando, de cada cien zapatos, cuarenta son botas para la milicia.

Estoy, por breve y afortunado tiempo, en un hotel de lujo. Hoy, esta mañana, fui de cierto a la ciudad, Managua. No hay pueblo que haya sufrido tanto.

Volvió el gringo y no pudo aguantar la tentación, me preguntó quién era yo, y no supe responderle.

* * *

Fui a los barrios, me llevó Antonio en un carro elegante: casas de podrida madera, tubérculos de la pobreza, y entre el Papa y Reagan, como decir la religión y el imperio, siempre compañeros, quieren sordamente llevarse las tablas de los ranchos que yo vi, sin bendición ninguna, la espada y la cruz, enlazadas por siglos, ni han dado caridad ni amor, han dado muertos, pero los nuestros viven.

* * *

Sebastián me llamó desde Caracas para decirme que no agotara los cuadernos de mi vida, vida soy.

* * *

Hay edificios destruidos por el terremoto, ruinas abiertas, vive gente que lava y seca su ropa y hace el amor sin poder cerrar la ventana, sin luz, sin agua, sin Dios, todo un pueblo sonríe ante la muerte porque vale la pena vivir sabiendo que uno decide el destino de su propia muerte.

¿Qué más?

* * *

La cabeza de una vaca muerta dio origen al alfabeto de los hombres, los primeros caballos del mundo

volaban con las alas del viento; una pereza es un le-
múrido colgado de los árboles milenariamente. En
mi mano la almendra de mi vida, única privada pro-
piedad no sujeta a expropiación.

Vine a verme morir resucitando. Vine a ver a
los dioses sin sotana, vine a sentirme llorando con la
soledad y el miedo, vine y estoy por mucha belleza,
hasta un disparo.

* * *

Esos niños que hacen pupú en el desamparo,
cagan ángeles.

CARTA DE NICARAGUA A DIOS

Si de verdad lo eres, sé Dios, y si no lo eres, sé Jesús, hijo de obreros.

¿Quién eres tú que permites que los ricos monopolicen tu grandeza infinita para joder a los pobres?

Dijiste una vez: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

Sé por qué lo dijiste: fue la defensa de la gente que te acompañaba, fuiste tú, hijo de un carpintero; los ricos de espíritu eran los romanos del imperio y sus serviles sacerdotes.

Tú nos has abandonado y en el reino de tu paraíso no habrá parcela para el rancho de la vida y del amor; eres la momia que recorre el mundo entre curas, iglesias, tesoros y Papas empataados con el poder, así sea el

de Hitler o el de Reagan, siempre el poder contra los humillados y ofendidos.

* * *

El Papa es un Papa inteligente, pasto de dictaduras, traiciones y socialcristianamente dominio del bello imperio norteamericano.

Usted, mi Santo Padre, es una maravilla del siglo que termina. Moriremos juntos, será mi gran honor acompañarlo bajo tierra, yo muy contento de que Su Santidad ya no pueda manipular el corazón de los hombres para hacerlos infelices.

* * *

San Pedro fue un traidor, y tú lo sabes, pero no esperaste el tercer canto de gallo para negar a Jesús.

Aquí en América Latina, hay dos clases sacerdotales. La primera la de Juan de Castellanos escribiendo en Tunja ciento cincuenta mil versos en memoria de sus compañeros, la del padre de Las Casas, restea-do con Dios y con los indios. La segunda es la suya, y como expresa subyugadoramente bien los fanatismos del dogma, le digo, besando el anillo de Su Santidad, que Jesús, el Cristo, lo tolera pero no lo quiere.

* * *

Simón Bolívar, un venezolano, dijo: "El talento sin probidad es un azote".

Usted, mi Santo Padre, pretende con audacia, valor y atracción, quebrantar lo inquebrantable.

¿Sabe lo que habría hecho Jesús? Un hombre sin los bienes materiales y el poder que en su nombre vuestra santidad lleva, habría muerto de nuevo por la causa del dolor humano:

¡Señor, aparta de mí el cáliz de este hombre que navega por el mundo con el talento de sus enemigos!

Señor Papa, Santo Padre, emperador de espíritus sumisos, tu mayor poder en nombre del Dios que representas, es la excomuniación...

Yo te excomulgo en nombre de Jesús, amigo mío.

* * *

¿Cómo puede llegar uno al fondo de la vida si no sabe nadar en sus aguas?

Un ser no mío masca un chicle y mueve las incansables mandíbulas.

* * *

Me encontré con Somoza, un primo suyo quiso beber conmigo y acepté. Algo sabía y en la barra tenía dos espalderos, me di cuenta. En mi bolsa, colgada de mis hombros, tenía la pistola que me dio Freddy Balzán.

No pasó nada, provocó hablando contra la revolución en clima irracional.

Metí la mano en el bolso, los dos guardaespaldas comprendieron.

* * *

Hay un laurel frente a mí, son como flores de azalea, entre el rosado y el rojo de almas indecisas.

* * *

Estos primeros cuadernos me sonríen, no saben del horror que viene, yo me enamoro del tiempo y tengo frío.

* * *

No sé, no sé, no sé, tremenda soledad acompañada.

* * *

Mi compañero de viaje leyó estas cosas y dijo que eso era poesía. Dije, tal vez. Él dijo: ¿por qué?

Sucede que en el terremoto sólo pudo recuperar, de un edificio destruido, la mano de su madre con la cadenita que él le había regalado.

* * *

La ciudad son árboles sin casas, agua, viento, miseria, miedo y la temblante arquitectura de morir toditos juntos.

* * *

Siento que un turbio lago se adueña de mi corazón y siento un turbio corazón que me camina.

* * *

Andar solo no es andar con uno mismo; el recuerdo de un helecho, de un río, de un amor nunca perdido te sobrepasa el corazón de compañías.

* * *

Nicaragua es el espejo de nosotros mismos, si se quiebra el vidrio, pedacito, a pedacito nos encontraremos con ira y con amor.

La tos del tiempo estornuda los pulmones del imperio, todo lo demás es libertad. ¿Y qué es libertad? Creo que es elegir y decidir una muy propia manera de ir muriendo en la rosa de la vida.

* * *

Si yo fuera un árbol, un pájaro o las piedras bañadas por un río, levantaría mi silencio para hacerlo VOZ.

Soy todo y grito con una cierta ubicación de muerte, desde Nicaragua: "¡No nos joderán la vida y el sueño!".

* * *

La nostalgia es una enfermedad viajera, me hacen falta mis amigos, es el dolor de ausencia. Mis amigos desde lejos sufren esa enfermedad y la soportan.

* * *

Estoy muriéndome de sueño y no despierto, cansado de jornadas no emprendidas, mi cabeza

se mueve melancólicamente como un lirio, cierran el mundo mis párpados y se me viene por dentro la vida que perdí; soy un hombre almacén, un novio de la almohada, un árbol derritiéndose en la noche, me salvan los blancos lirios de mi voluntad.

* * *

Por fin la vida me dio la soledad y el amor, la perfecta compañía.

Desde esta ventana un laurel con flores de vino, una palmera de talle enamorado del viento que la viola y la despeina, un pan de rosa, pan de pobres decimos nosotros, y unos pájaros de capa azul, los chichiltotes, banderas del cielo.

* * *

Mañana voy al monte, hoy es once de febrero, día de la operación Pino Grande III contra este pueblo.

El doce de febrero en mi país es el Día de la Juventud. Este anciano que soy yo acaba de nacer.

* * *

En la Catedral de Managua se realiza a Cristo: viven dentro y habitan mujeres, ancianos y niños.

* * *

Anoche hablé con Daniel Ortega, el presidente. Hablamos, él habla poco, y Herty me dijo que yo había logrado un récord. De verdad hablamos como si hubiéramos sido compañeros de escuela.

Me pidió que le dijera a la juventud de muchos países que están aquí en el deshierbe y recolección del café, lo mismo que yo le había dicho a él.

* * *

Mañana voy de verdad a la pelea, ojalá me porte bien, ya lo veremos, pero voy.

* * *

Me siento triste y solo y con miedo, si junto las tres cosas nadie podrá matarme.

Tengo dentro de mí lo que no tengo ni lo que busco, tengo un especial destino milagroso que me viene de los ríos que bañaron a mis abuelos y a mis padres, son aguas cristalinas.

* * *

Vamos a ver qué va a pasar mañana.

Basta nacer para morir. Todo animal que nace lleva en su amor el cáncer de la vida, porque la muerte puede morir mientras hay vida.

Vida y muerte son lo mismo en el río del tiempo, y el tiempo es una fábula del hombre y de los astros.

Cierro los ojos y no veo la montaña, ni el cielo, ni el camino. Abro los ojos y veo el mundo entero. Cuando cierro los ojos vivo muy por dentro, en la infinita galaxia de mí mismo, y cuando los abro vivo el mundo exterior de lo que existe.

Millones de espermatozoides mueren cada día, sólo uno de ellos vive y llega al óvulo de cada campañada, seguramente es el más veloz, pero tal vez no el mejor, cuántos habrán quedado atrás y muertos para alimento de un mediocre que venció. Aldous Huxley lo dijo a su manera, una poética manera de heredar la ciencia.

Siempre hay una enfermedad incurable. Curar es cuidar. *Curo, curas, curare, curavi, curatum*. Todo es curable y cuidable y siempre hay un médico de cuitas. El primer cirujano del mundo fue Dios, cuando abrió las costillas de Adán para curarlo de la soledad.

Siempre hay una enfermedad hegemónica. La lepra en los tiempos de Ben-Hur, la tuberculosis

romántica en los jardines de la dama de las camelias y, entre ellas, las terribles pestes medievales.

Hoy es el cáncer, todo es cáncer. El cáncer de la lengua es la palabra necia, el cáncer del corazón es la sordera, el cáncer de la piel es no tocar de amor, el cáncer del cerebro es no pensar, el cáncer de los ojos es mirar con odio, el cáncer de la boca es no besar, el cáncer de la vida es no morir y el cáncer de la muerte es el silencio de su vida.

Dios tiene cáncer. El cáncer de Dios es el Diablo, pero el divino Diablo tiene el cáncer de Dios, ambas enfermedades estallan por dentro y por fuera de los hombres.

Hay una tecnología del más allá que son las religiones, y su pedagogía de la muerte ha sido el misticismo que, en el fondo, es una discriminación espiritual.

Yo hablo aquí muy cerca de la muerte, de otra cosa, hablo de una ciencia y un arte y una música y un mundo para todos nosotros, los condenados del cáncer de la vida, tan hermana de la muerte; porque no hay muerte ni vida, ni existencia, sólo hay ojos que se abren y se cierran, y el mundo se va haciendo cada día bajo luz y sombra y noche y albas flores con largas travesías entre el odio y el amor.

* * *

Ayer salí de Managua, me despidieron Herty y Freddy. Me acompañó un teniente sandinista. Llegamos a Waswalí, un cuartel entre Managua y Jinotega. Almorzamos un poco de arroz con las manos: cada miliciano allí tiene su propio equipo, y si no hay cuchara, pues a mano limpia.

Ya el comandante sabía de mi viaje, me permitió descansar hasta las seis y continué hasta Jinotega ya en la noche. ¡Qué carretera, Dios mío, y qué maravilla de conductor! Se las sabe todas, ni un alto en el camino y a plena marcha.

—Si no fuera por los contras —dijo el oficial— nosotros estaríamos en la Universidad.

Estamos entrando en terreno de emboscadas, arma en mano.

El jeep sin puertas por si había que tirarse al suelo, la tranquilidad de todos me dio la mía. El frío era intenso, me daba calor con la pipa, ellos fumaban un cigarro entre los tres. Era como cabalgar saltando. Llegamos a las ocho de la noche al cuartel general de Jinotega. Todo es juventud aquí. Cansado de verdad me tiré en una colchoneta en el suelo, pobre viejo, calambres por todos

lados. Aquí hace frío de verdad y estoy en un mundo desconocido para mí.

Me despertaban las canciones de los guerreros en la noche.

Buena conversación con estos jóvenes.

* * *

"Que no quede un solo nicaragüense sin ocupar su trinchera en la guerra del pueblo".

* * *

"Conquistamos la luz y vamos a defenderla con sangre, sudor y confianza en el futuro".

* * *

Es el mensaje al pueblo.

El Gobierno de Washington se ha autoproclamado, en el caso de Nicaragua, acusador, juez y verdugo simultáneamente. Y cuando la Corte Internacional de Justicia decide, por unanimidad, su competencia sobre la denuncia de Nicaragua, Estados Unidos se proclama, nuevamente, juez, y sobre la Corte decide que ésta se ha equivocado y se retira de

la misma, golpeando el ordenamiento jurídico internacional, toda una amenaza para la paz y seguridad mundial.

* * *

Canciones y fusiles, lumbre de la juventud, del tiempo, de la revolución y de la vida.

* * *

Desayuné con ellos frijoles y tortilla, pan y leche. Un anciano frente a mí, un hombre de más de ochenta años, comía como un niño. Es uno de los hombres que entró con Sandino, es bella la vida cuando se cumple un destino.

* * *

—Yo voy a morirme lejos, no quiero que me vean de cerca los que me van a llorar.

Es un muchacho de veinte años.

* * *

Entra un hombre de dos metros; alforja, daga y ametralladora.

Dice:

—Escribí vos, compañero, que esas balas también sirven.

—También estoy armado —dije.

—También sirve —me respondió con una generosa incredulidad.

* * *

Hablo de Edén Pastora con un joven oficial que está en la guerra desde su adolescencia, peleó junto a él, dice:

—Mire, ése es un hombre muy inteligente y no es cobarde, yo, para mí, tengo que cumplir una misión.

Me pregunta que cómo son las relaciones del ejército con el pueblo en Venezuela.

—Un poco lejanas, pero ya se acercarán —le dije.

Me quedé pensando sobre su hipótesis, muy difícil, tal vez una expresión de viejo afecto, en todo caso la revolución ha vencido.

* * *

Seguimos la ruta de Jinotega a San Rafael del Norte, vi la catedral donde se casó Sandino. Nos acercamos al campo más conflictivo de esta guerra. Los "contras" han intentado varias veces tomar la colina donde el General de Hombres Libres tenía su cuartel. No lo han logrado, pero es terreno de emboscadas.

Llegamos al puesto de San Sebastián de Yalí, ésta es la región que voy a andar con el batallón que está aquí, pasado mañana habrá combate.

Hay un río que separa, noticias hay de que los contras lo han cruzado. No sé. Iré. Tengo miedo de fallar caminando con una tropa de jóvenes entre veinte y treinta años. Vi un niño de catorce años con un fusil al hombro. Almorcé con el comandante Álvaro Baltodano. Quedo a cargo del subcomandante, Oscar Lanuza, ambos hombres todavía no han llegado a los cuarenta años. Oscar habla poco y es profundo, Álvaro es inteligente y accesible, ambos reúnen una gran experiencia.

—Nos emboscan y huyen, si dieran el frente, hace tiempo que ya esto se habría acabado —me dice un miliciano con cinco años de arma al hombro.

Mis zapatos (mocasines) son ridículos aquí, me están buscando botas.

Compré una botella de ron y escribo. La casa donde me alojo es de paredes de tabla; una morena miliciana se está muriendo de frío, debajo del uniforme se pone una camisa mía; mis franelas se quedaron en Managua, en la maleta, grave error; yo duermo sin quitarme el sweter.

* * *

San Sebastián de Yalí es un pueblo pequeño y pobre en el corazón de un paisaje de montañas tendidas como para vivir en paz. La guerra no es romántica. Vi a ese muchacho rodar con fusil y sin soltarlo, se fracturó una pierna. Qué pesadilla vendrá. Todos sonrían serenamente.

* * *

En la montaña duermen con hamaca los que tienen hamaca, en el suelo los que no tienen y en el barro si llueve.

—La vida es triste —dice Juan.

* * *

¡Qué bella esta mujer de rizos de oro, chela le dicen aquí a las catiras. Es una niña de dieciséis años,

pero sus ojos tienen la luz de un pasto de cien años con el sol adentro!

—Me casaré con ella —dice Oscar— y reímos juntos.

—Yo vivo con una hermana de ella —dice Juan—, pero no me he casado para no enviudarla.

Le pido que me enseñe a usar el arma que me han dado. Me siento como en la escuela primaria.

* * *

Están llegando estos jóvenes que duermen en colchoneta en cualquier suelo, o en el suelo mismo, sin queja, ni reproche, ni tristeza. Al anochecer callan los pájaros.

* * *

Mi primer error: no levantarme y estar listo. El comandante tocó en covacha de una de las casas más feas y raras que he conocido. Para ir al baño, que aquí llaman servicio, hay que cruzar un pasillo con todo género de obstáculos y luego bajar una escalera de cuento policial. Pasé la noche con la nariz obstruida, sangra y se coagula, y con calambres en las dos piernas, no es sólo el frío, debe ser también

la caña, los nervios en tensión y que ayer no quise ir a cenar, prefería la cama y hoy, esta mañana, todos salieron sin mí. Pensé que me dejaban y que tenían razón por no estar listo y porque un civil no puede retrasar el movimiento militar, tan estricto. Me sentí deprimido, culpable y muy solo. Tomé un trago y me puse a contemplar, ya resignado. Éste es un pueblo de muchachas muy bellas, de muchos caballos para el trabajo y el transporte. La gente saluda cuando pasa y observa en silencio enigmático el movimiento de la tropa, muchachos y muchachas en verde olivo y uniforme de camuflaje.

Cuando ya entraba para escribir boberías, entre ellas la mía propia, apareció Chico León a buscarme para desayunar y encontrarme con el Comandante.

—Aquí estoy. Saldré dentro de un rato.

—Hoy habrá baño —dice Chico León, quien me prestó su sombrero de campaña, se empeñó y no pude negarme.

Perdí mi cepillo dental, perdí pipas y fósforos, ando sin equipo, aunque sí: estos cuadernos, bolígrafos y una pistola de gran potencia que ayer aprendí a manejar. Llevo la cantimplora que compré en Panamá, llena de buen ron.

Más de cincuenta "contras" han cruzado la frontera. Mi riesgo no será el de los combatientes de primera fila, sería un estorbo, me digo. Pero el riesgo es general tanto por las emboscadas como por el combate, que se entablará hoy mismo.

Chico León toca la guitarra y canta con un compañero. Ha leído a Darío, a García Marquéz y a un poeta nicaragüense que no conozco. Es poeta, ha escrito un diario de su experiencia de lucha y escribe poesía. No pude ver el diario porque está en su pueblo lejano. Me cuenta una historia: en pleno combate llevaba su arma y el cuaderno de sus notas; para que el cuaderno no obstaculizara el manejo rápido de los "magazines" —así llaman a las cacerinas— decidió poner el cuaderno sobre una piedra. Arreció el ataque; eran los tiempos de la guardia de Somoza, tuvo que retirarse a toda máquina, dejó el cuaderno donde había un poema ofreciéndole su vida a la revolución y a la América de Sandino, de Bolívar, de Martí y el Che, los grandes mártires. Tiene novia y me cuenta que el 24 de diciembre paseaba con ella en San Sebastián de Yalí y cuando ella le preguntó qué le iba a regalar, le dijo:

—¿Qué te puedo regalar? Ni siquiera puedo regalarte mi presencia.

Hoy habrá baño arriba.

* * *

Estoy en una colina, Buenos Aires es el lugar. Hay un puesto militar de vigilancia y comunicación, me siento en una roca al lado del oficial.

—Estamos esperando los tiros, —me dice.

Creo que se refiere a los de arriba, todavía estamos cerca de San Sebastián, ya en la vía.

Qué ironía, San Sebastián, sólo falta un San Juan por estos lados y tendría a mis dos hijos aquí.

* * *

Los “Contras” tienen avanzando ahora unos trescientos hombres, muchos de ellos fruto del rapto que hacen entre campesinos, los llevan a Honduras forzosamente, los halagan, los instruyen en la intensa labor de convencimiento ideológico.

Pero les falta la fuerza moral, el fuego interno de la revolución.

Muchos de los muchachos, chavalos como dicen acá, quieren regresar a su familia y a su patria, pero confrontan el peligro de que, calificados como desertores, tomen represalias los Contras con sus familias.

Desde aquí, desde esta colina, se ve allá enfrente una casa campesina de donde se llevaron a un chaval.

Miro el paisaje enfrente, colinas tendidas de buena tierra, generosas para la agricultura y la ganadería, para el trabajo y la paz. Ciento cincuenta hombres entraron y andan incursionando, acabo de escuchar que ya tienen un herido y eso que el batallón no está todavía en plena acción. El comandante Lanuza está saliendo ahora de San Sebastián, se está chequeando porque tiene algo muy frecuente por aquí, tiene paperas y tiene fiebre, le digo que así ofrecerá un blanco mayor, él dice que con fiebre se pelea mejor.

* * *

De origen campesino, Oscar, subcomandante de Yalí, llegó a la lucha campesina siendo un jovencito analfabeta, triunfa la revolución y se dedica a su formación cultural hasta lograr niveles universitarios, de allí se vino para jugar su vida y vasta experiencia en defensa de la obra que ayudó a construir.

—Si no estuviéramos aquí, estaríamos en la Universidad, en el trabajo, en el hogar formando a nuestros hijos —me dice Juan, un teniente—. La vida es triste —añade.

Advierto que me están protegiendo, yo pedí mirar de cerca el fuego, ahora estoy en el puesto de avanzada con un grupo de oficiales bajo la sabia dirección de Bosco, a quien duplico en edad.

Es una colina y todo un equipo de comunicación, segundo a minuto voy siguiendo los movimientos, las órdenes, las previsiones y conjeturas de un encuentro entre el batallón (parte de él) sandinista y unos ciento cincuenta adversarios.

Hace y sopla un frío tremendo, hasta mis dolencias han desaparecido, yo que con tanta frecuencia voy al baño (servicio le dicen aquí) fui una sola vez en esta colina desamparada de árboles. Así que me oculté entre montículos de la vista de mis compañeros, pero no pude evitar que allá frente a mí, lejos por suerte, en la casa donde raptaron a un chaval, se agolparan en la puerta las mujeres para verme cagar, y reían a carcajadas, sobre todo cuando sacrificué las hojas de un arbusto para limpiarme. Recordé entonces a Calderas, mi pueblo y mi niñez, cuando cagábamos en el patio y nos limpiábamos con hojas; y lo que le pasó al hijo de Niano que se frotó el trasero con una pringamosa, una planta de hojas quemantes como el roce de una aguamala, por decir, medusa. El culo de Nianito era un ají chirel por los gritos que daba y la carrera con los

pantalones en la mano. Aquellas mujeres siguen allá enfrente riéndose de mí.

* * *

Por un camino, un claro de la montaña que vemos desde aquí, va pasando el grupo de los Contras; Bosco, manejando una terrible matemática de claves, números y nombres se comunica y dice, para la coordinación de los movimientos y la ubicación del enemigo, que los contras están a kilo y medio de aquí. Los de allá nos dicen que por qué no les tiramos piedras.

Disparos de artillería pesada.

Pregunto si los Contras disponen de esa artillería, me informan que no, que tienen fusiles y ametralladoras y que las descargas retumbantes son del ejército sandinista.

De nuevo pregunto:

—¿Cuál es la razón de una aventura tan desigual cuya iniciativa viene de afuera a sabiendas de que los derrotarían?

Me responden que por esa zona (yo estoy en el norte, cercana la frontera) ellos tienen lo que en

guerrilla se llama *base social*, algo así como cooperación, protección y vínculos familiares y amistosos.

Converso, en la insólita casa donde me alojo, con algunos muchachos fatigados que acaban de llegar de la montaña. Confirman lo que algunos oficiales me han dicho: los Contras no presentan combate sino cuando no tienen la alternativa de retroceder y dispersarse.

Cuando la tienen van dejando grupos de cinco a diez que cubren la retirada de los jefes hacia el refugio de Honduras, cruzando el río Coco, un poco más allá.

Los que se quedan caen heridos, muertos, prisioneros. Acá los curan, los encarcelan y les sacan información sin torturarlos.

Del otro lado es mejor caer muerto que prisionero y ni siquiera caer muerto, fotografías de cuerpos mutilados con perforaciones de bala en el pecho. Si la bala mortal fue primero, ¿por qué el degüello?, y si el degüello fue primero, ¿por qué la bala?

Es el sadismo de la desesperación que lleva a violar por turno y jerarquía a una mujer y a castrar a un hombre muerto.

Ya ni Honduras los apoya como antes. Honduras, prácticamente una base norteamericana, les está retirando apoyo, lo cual indirectamente refleja la frustración de una costosa política del imperio.

Están perdidos, pero joden.

Anoche fui invitado por Bosco, un jefe de oficiales y quien está al frente del puesto de avance donde estoy, a un acto del otro lado de violencia y guerra, a una junta municipal con nuevo presidente electo, una inteligente y candorosa mujer, allí estaban todos, en San Rafael del Norte, bebí el mejor ron de Nicaragua, Flor de Caña, comí gallopinto (frijoles con arroz y maduro, tajadas), me quedé en la casa, dormí como un niño hasta las seis, cuando Bosco me despertó para ir de nuevo al puesto de avanzada.

* * *

Estoy aquí, visto no mi uniforme verde oliva sino el de combate, el camuflajeado que se parece a una bella serpiente de coral.

* * *

Un hombre huye saltando sobre las piedras de un riachuelo con los zapatos rotos, le disparan y no se

detiene, sigue corriendo ¿qué Dios lo salva? O tal vez no le quieren dar.

Luciano, un oficial que está a mi lado, me dice que los drogan, realmente el hombre parecía loco.

* * *

Aquí, a unos quinientos metros pasan, es la noche y ellos son una fila de linternas.

* * *

Me da risa, un cachorro (de los Cachorros de Sandino) me pide prestada la pistola, una macaró, aquí en el tope del cerro Buenos Aires; pregunto para qué y me enseña una caja de refrescos, aprendo algo: se le saca el magazine (cacerina) y se hace la operación de montarla, con el cañón afuera, se puede destapar una cerveza.

Agarro un refresco y lo mezclo con el ron de mi cantimplora contra este viento frío que hiela y tiembla.

* * *

Un hombre roto con las esquirlas de una granada, entre los dos muslos y en la nuca.

Luciano dice: "La República Democrática Alemana nos los devolverá sano y caminando".

El mundo socialista es fiel, faltó el trigo y un barco soviético llegó con trigo para un año; 68 millones de dólares, es el valor del azúcar que envió Cuba también en barco.

Recuerdo que Fidel regaló un cargamento de hijos de piña o como se llamen, y renovó con ello el cultivo de la piña en Venezuela, yo estuve en La Habana en esa gestión acompañando a Reinaldo Cervini y Alejandro Hernández, queda un testigo. Era precisamente el tiempo en que Rómulo Betancourt liderizaba el bloqueo económico contra Cuba. Fidel vive, y en Trujillo y en Lara hay piñas nuevas.

* * *

Aprendo a manejar un fusil, es de peso liviano y de fabricación soviética, se desarma pieza por pieza fácilmente y se arma con rapidez inversamente, quiero decir que al armarlo comienzas con la pieza final hasta concluir con la última con la cual se comienza. Tiene en un botón movable el seguro, el nivel de ráfaga y el de tiro a tiro. Arriba está la escala de distancia: cien, doscientos, quinientos, ochocientos metros.

También uno de origen alemán, más elegante y es plegable aunque de mayor peso, es un arma más para asalto que para defensa. También el fusil americano. Todas son armas de gran tecnología. Me hicieron una prueba: en un pantano que hay aquí abajo echaron ayer un fusil norteamericano y uno soviético, hoy los sacaron, sólo el soviético disparó, la técnica es la misma, las aleaciones son diferentes, y otras cosas.

Interrumpo, ayer fueron morteros, ahora comienzan a retumbar cosas mayores. Los obuses. Mortero, araña y obús. No pasarán.

* * *

La guerra, tan humana, ya es algo impersonal.

* * *

En descanso unos cachorros cantan. Uno de ellos dice:

—Cantá más bajito porque nos pueden tirar una granada.

Se rieron.

—¡Putá! Vas a morir cuando vas a morir.

Y cantaron más alto.

* * *

Cien Contrras se entregaron ayer, antes ciento cincuenta, la prensa ha reportado estas entregas.

* * *

Teresa es la mascota, no más de diecisiete años, morena vivaz y valiente, sin que yo lo pida, ella que nota el desorden de mis cosas en la pensión las arregla y cuando regresamos del puesto por las tardes, todo está en orden. Le presto mi chaqueta porque está resfriada y el viento frío de estas montañas es agresivo. Me confiesa que tiene dos meses de preñada. "Quisiera estar en mi casa", dice. Los cachorros la quieren, la protegen.

* * *

Sórdida casa esta pensión, mucho más que la de Santiago de Chuco, en Perú, cuando fui a trabajar sobre Vallejo. Huele a mierda y a basura, hay que bañarse echándose agua con un envase plástico; tiene una escalera sin luz y, en la noche, uno tropieza con tablas y cajones. Duermo dando vueltas, todos los huesos me duelen, la cama no tiene colchón, en cambio la almohada tiene un Mickey Mouse bordado.

Desde arriba, diagonal con la pensión, me llaman dos muchachas, subo, me preguntan si soy cubano, una de ellas es enfermera, me ofrecen un café, conversamos.

Este pueblo y sus caminos están llenos de caballos. Parece un *western*. El caballo aquí no es una decoración deportiva, es un medio de comunicación y de transporte. Desde el puesto, abajo en la vía y en los caminos que suben he visto pasar, a cada rato, verdaderas caravanas de hombres a caballo.

* * *

El pueblo es triste y pobre, bajo melancolía de guerra, las miradas se te quedan viendo con tristeza. No hay bares ni música. Dos o tres ventas de comida, que es la misma: gallo pinto, tortilla, arroz y una bebida de maíz con algo más en sabor como de ajonjolí, la llaman zozolca, posol, semilla de jícara, no sé.

Al aguardiente lo llaman susuca, hay la chichada, chicha fuerte y los rones, uno con mucho roble en el *bouquet*, otro mejor, el extra seco, blanco y el flor de plata, tan bueno como nuestro caballito freno. Al ratón le dicen goma.

* * *

Está prohibido vender caña a gente de uniforme, yo me lo quito y voy en traje de civil. También hay sus excepciones.

* * *

Hoy es domingo, un día intenso y peligroso. Cuando me levanto, me preparo y salgo, ya se han ido. No me llamaron. Teresa me dice que no quisieron despertarme, pienso que volverán por mí. No vienen, ya Bosco se ha ido. Teresa, desayunando, me confiesa que fue para protegerme porque hoy la cosa es dura y habrá muertos. Me siento imbécil. Bueno, digo, me dedicaré al pueblo. En eso, un camión cargado de tropa se detiene en la placita de reparación mecánica y veo a uno de los oficiales, uno de los jefes del BLI (Batallón de Lucha Irregular), lo abordo; medita un instante.

—¿De verdad quiere subir?

—Para eso vine.

—Venga conmigo.

Para un viejo subir a esos camiones es como subir la escala de Jacob. Subí con esfuerzo, los cachorros se reían, pero había emoción en su risa.

Aquí estoy sentado en una piedra escribiendo. Hay cierto nerviosismo. Dureza sonriente en los

rostros, mirada hacia lo lejos, ellos no tienen miedo, hablan de encuentros anteriores, guapean.

Yo disimulo el miedo escribiendo.

En todo caso, tengo la macaró en el cinto, no me servirá de mucho, pero me da confianza.

Vamos a esperar, yo voy a recordar.

* * *

De mi cuello cuelgan los talismanes, el caballito de marfil de Diana, la medalla de Miró y Picasso, la peonía con tijera y corazón.

Teresa se enamora de la peonía.

—Orlando, a nosotros nos pagan entre mañana y pasado mañana. ¿Cuánto vale eso que tú llamas peonía?

Siento la tentación, la necesidad, el placer, de regalársela, pero no puedo.

* * *

Ella quiere un retrato mío, le digo que no quiero retratarme con pistola y uniforme, porque la seriedad

de lo que vivo se convertiría en una ridiculez publicitaria. En mi cartera tengo retratos, ella escoge tres, uno de Juancho, otro de Sebastián en el triciclo con Petete y Juancho frente al mar y uno donde estoy con Inés Morella.

* * *

Salta y juega a la pelota con un cachorro que tiene gripe. Me preocupa porque si tiene dos meses en estado, son meses peligrosos, le ruego que no lo haga, me vacila y sigue. En la tarde la veo tendida y con náuseas. Se sobrepone y me dice:

—Tu cuarto está siempre desordenado —lo ordena.

* * *

Teresa hizo milicia durante un año, allí se impone la división del trabajo: cocina, sanitaria, comunicaciones y tropista. Ella decidió tropista y fue y sigue en la montaña.

* * *

Me levanto y voy a su cuarto que ella comparte con dos compañeros. Está dormida, abrazada a una almohada como los niños se abrazan a un osito de felpa. Es algo así como buscando cariño y protección.

Al lado de su cama de campaña y a su alcance, su fusil.

—Él va a salir con el fusil en la mano, como la mamá —dice Teresa Toruño Romero, 17 años.

* * *

Oscar Cornejo, el médico de este frente, soldado y todo, atiende partos, heridas y catarros bajo una tienda militar. Habla conmigo, me cuenta cosas. En la montaña, como los contra huían después de un encuentro y él estaba del otro lado de la colina del combate, ellos buscando refugio dieron con la medicatura y de frente. Total, combate, luego él se ocupó de los heridos, amigos y enemigos.

Aquí está operando a Bosco del tuyuyo impredicable de la pierna.

—Nada —me dice—; nada encontré explorando, sino una vieja espina y, a su alrededor callosidad, le dije que tenía lo que él quería tener, así se alivió.

* * *

Toda la tensión se resolvió tecnológicamente, me refiero a la guerra.

* * *

Camino por las calles de Yalí, observo miradas hostiles hacia mí. Con uniforme, botas y pistola, saludo y a veces no me responden, otras sí, con simpatía. Le pregunto a Oscar Cornejo, el médico, y me explica que recién el triunfo, se dio la torpeza de jefes sandinistas vengativos.

—El que está con nosotros, está con nosotros, y el que no, se jode.

Hostigaron a la población, radicalizaron con prepotencia y asustaron.

Ahora me explico las miradas hostiles y la colaboración de algunos con los Contras.

* * *

Las noches en Yalí son aullidos de perros infinitos.

* * *

Qué ironías tiene la vida, aquí muy cerca de San Rafael a treinta kilómetros de San Sebastián (Yalí) está Sabana Grande, un caserío donde bebí chichada y zozolca con unos compañeros.

—Vámonos temprano —dijeron—, porque la noche en estos lados para nosotros, con uniforme, es la muerte.

* * *

Dos veces me han llamado comandante, debe ser por el uniforme verde olivo, por la pistola, que es muy distinguida en la elegancia mortal de las armas, y por la bufanda con que me defiendo de esta llovizna de viento y frío y cubre de paso los hombros donde no hay color de jerarquía.

* * *

En el pabellón, el médico Oscar Cornejo, en víspera de boda, atiende a todo con su equipo sanitario. Es una tienda de campaña. Entro. Allí está él, charlamos, hay dos camillas, no dos, son tres, pero una está ocupada por un pequeño indiecito que delira, arropado totalmente por una cobija.

Se sienta en la cama, es mascota, fiebre delirante en los ojos.

—Médico, médico —reclama.

Oscar está atendiendo a una mujer hipertensa. Me acerco al raro niño, adolescente, enano.

—Yo soy el médico —le digo.

—Ojalá y te maten, médico —responde.

—A seis kilómetros, la guardia jueputa ya está encima.

* * *

Estoy con un capitán sandinista bregado en setenta combates. Tiene 28 años, José Ángel Amador, y sufre. ¿Por qué?, aquí a mi lado, un poco guaro, llora.

—No me da miedo, compa, no le tengo miedo a nadie, cuando peleo voy a fondo.

Digo, porque lo sé:

—Eres capitán porque te lo has ganado jugando tu vida cada día. ¿Por qué lloras?

—Por una mujer —y llora.

* * *

Combate, por fin, combate. A cincuenta metros veo pasar dos muertos y cinco heridos nuestros, del otro lado no sé, cayeron más; a veces los arrastran y los entierran aún rematando a los heridos para que no se cuenten bajas, cosas de la estadística.

* * *

Todas estas muertes, ¿para qué? Los que entran saben que no pasarán, tratan de tomar un pueblo, un caserío, para decirle al mundo que tienen territorio y para apoyar a Reagan frente al Congreso. No lo conseguirán, lo he visto, estoy seguro. De este lado no hay más alternativa que impedírselo, pero mueren quienes están en la trinchera de la vida.

* * *

Hay una diferencia entre estos muchachos y yo, no propiamente la de la edad sino la del oficio, pelean cantando, yo los observo y medito.

* * *

El oficial muerto tenía un diente de oro, de un culatazo se lo desprendió un contra para llevarse el oro.

* * *

Estoy cansado y triste, me niego a los recuerdos y escucho el canto de los gallos.

* * *

Atienden mi pata maltratada cuando resbalé rodando por un cerro, no ha pasado nada.

* * *

Ya vi lo que tenía que ver, y así de frente, a todo riesgo, eso quería y lo necesitaba para poder hablar.

Nicaragua es invencible, los Estados Unidos podrán, pueden, lanzar todas sus armas materiales y humanas sobre ella, no la derrotarán porque jamás se derrota a un pueblo. Si quieren tendrán su nuevo Vietnam, pero más cerca.

* * *

Hay gentes que hablan como rezando, como bordonando su miserable vida; no hablan, bordan el microscopio de su pequeña vida, abejean sin pedúnculo en el culo.

He cometido un error por ignorancia, llego cansado al hotel, vengo de experiencias todavía no asimiladas, quiero un trago y entro al bar con uniforme, estoy, sin saberlo, violando una ordenanza, lo supe después.

Este tipo de bigote fino pretende burla.

—¿Qué coño quiere usted señor? Estoy cansado y vengo de un amigo muerto.

Lo miro a fondo, digo:

—Qué chochada, exhibir un uniforme.

—Afuera, hombre, no aquí, vamos.

No pasó nada, el tipo no salió, alguien me dijo del error mío. Yo estaba muy cansado.

* * *

Supé arriba, en el norte, en Yalí, de la muerte de Alí Primera, el cantante revolucionario, en un terrible accidente. Le dije a Teresa quién era él y en esa piedra que parece el escritorio de Dios lloramos juntos.

* * *

Hablé de lejos con Sebastián y Juancho, ¡Suerte! me dijeron.

* * *

Todos los días, como colar café, hay que limpiar el fusil, quitarle la tapa, sacar esa espiral metálica, la otra pieza de precisión, una mecha para limpiar el cañón y luego al revés. Me da flojera, por mí lo hace Rigoberto, un cachorro de Sandino que no se aparta de mí. De noche estornuda y aúlla como un lobo.

Me dice que yo también, que salto y grito y digo cosas como si estuviera con una mujer. ¿Dónde está ella?

* * *

Tengo miedo y tengo frío, estoy como muy solo, a lo lejos, la fila de esos pinos y esta piedra donde escribo.

* * *

Tengo ganas de escribir una canción.

Tan lejos tengo el amor
tan cerca tengo la muerte
que doy mi vida por verte
y enlazo el tiempo en la flor
del recuerdo
Mi vida tiene la suerte
del dolor
si duermo y me acuesto pierdo
las estrellas y el amor.

* * *

La soledad, no sé, no es una manera sin gente, sino un camino hacia adentro buscándote a ti mismo sin encuentro.

* * *

Nadie está conmigo ahorita, nadie, la piedra corona la colina y yo estoy como debajo de ella. Todos en sus puestos hacen chistes, ríen y celebran el riesgo de sus vidas. ¡Qué población tan grande tengo adentro!

* * *

¡Cómo revientan las balas!, gira la gente y grita, hay una levitación de fuego, y la caída es como una hoja violenta y destrozada.

* * *

Un escritor ¿qué es? Un ave rara y sin nido, la cuna del niño que llevamos dentro, mis manos tienen la piel de una serpiente amorosa cubierta por infinitas escamas, mi mano reptante sobre el papel y me atormenta. Es como si no quisiera salir del paraíso ni abandonar manzanas.

¿Por qué disparan tanto de lado y lado? Es malgastar un metal y unos recursos humanos y divinos que servirían para el techo de un pobre, o de muchos. Triste cosa.

* * *

Ese salto y ese grito, como un cordero moribundo. Ese salto y ese grito. ¿Por qué tendría que verlo yo?

CARTA A DANIEL

Comandante:

Fui a San Sebastián de Yalí; Yalí digamos. Me trataron como a un príncipe. Conocí lo mejor del mundo, gente entregada a morir para que hijos y nietos vivan en libertad.

A usted y al comandante Cuadra debo el honor que llevarán mis hijos, de vestir un uniforme por una tierra, Nicaragua, clavada por tantas flechas como San Sebastián. Allí estuve y viví. Mataron a dos cachorros, hirieron a cuatro, uno de ellos bien amigo mío. Del otro lado cayeron más.

Me di cuenta de lo más elemental: entran y no dan combate, se dispersan y se saben todos los caminos, los jefes Contras van dejando, en el camino de su retirada, a cinco o diez para cubrir su aventura. Casi,

y ciertamente fue, hubo que obligarlos al combate, antier estuve allí y vi muy cerca a los heridos y a dos muchachos muertos.

Ellos no pasarán, no lo digo porque yo conozca asuntos militares, lo digo porque lo vi. Tenemos de este lado buenas y más poderosas armas, contando morteros y obuses, pero hay algo más fuerte, comandante, viví la emoción, la moral y la tremenda fortaleza de ser y de vencer.

Esto podría ser una frase retórica sandinista, habrá gente que lo diga, ya sabemos quiénes son. No perdamos el tiempo en ellos.

Créame a su lado y dígame al comandante Cuadra que tiene en su corazón y en su mano la más bella juventud del mundo.

* * *

Mentiras no hay, sólo hay verdades, y cómo me joden las verdades.

* * *

Ese niño herido, el salto, la orden ¡No se levante! Coño, claro que me levanté y fui, taponeando con el pañuelo tanta herida, miraba sin saber qué hacer.

* * *

Hay errores, equivocaciones, provocaciones nada necesarias hechas por gente de la revolución sandinista, qué tristeza, y a veces hacen lo mismo que los otros.

Sandino, de verdad Sandino, hace falta.

Siento que no hay algo todavía.

* * *

Jueputa vida. ¿Por qué no te enamoras de la muerte? Me llevas, me traes, dame tan solo el garrotico del camino, te amo.

* * *

Suenan las cuerdas de una guitarra, estoy bien solo pero no desamparado, estoy conmigo, una muchedumbre de maldad del mundo.

* * *

Me asusta el corazón que me palpita como un Dios por dentro, el miedo es una manera de no amanecer, la valentía es cálida. Mi vida, ya lo sé, tiene todas las estaciones del amor ¿Por qué no estalla?

Ah, cómo me gustaría cerrar los ojos y recostar mi vida sobre la dulce cadencia de un pecho de mujer.

* * *

Nadie tiene el derecho de ser más libre que los demás. ¿Por qué los demás no nos acompañan? Creo saberlo: porque no somos libres todavía, un hombre libre debe estar muerto con la mano tendida hacia la mano que lo sigue. Libertad es una cadena de esclavos del amor y de la vida.

* * *

Iré, a los cortes de café, estoy muy solo y me acompaño escribiendo, es como la tela de la araña, la sacas de tu vientre y en ella te envuelves, te ocultas, asedias esperando al mundo y te envuelves solitariamente en los hilos de la nube del triunfo.

Conocí lagos y volcanes. ¿Qué puedo decir de Nicaragua? Nada y mucho, vine y vivo y estuve donde la muerte es cosa seria.

* * *

Desde la colina del puesto de avanzada donde estuve y desde tantas maneras de tirarse o rodar por la montaña, desde todo eso lloro cuando digo:

Han muerto muchos y ellos viven en la sangre de nosotros. Allí los llevamos y van a seguir viviendo, que no se me atraviese nadie por delante, llevo conmigo demasiada riqueza.

Va conmigo la revolución y estamos muy enamorados.

Va conmigo y no hay muerte sino vida.

* * *

Sé bien que todo en mi mano es la palabra, en mi mano y en la vida, pero si no juego la vida, mi palabra no tiene sentido y andará por allí colgando de garfios archiveros. ¡No!

* * *

Creo que es la primera vez que escribo y hay algo en mi mano que se mueve sin que yo lo diga, hay como una onda de un mar desconocido, hay un algo así como si Dios bailara llorando lentamente, hay algo.

Tengo de pronto tanta fuerza y de pronto se me desmaya el pulso de la vida.

* * *

Tengo por dentro de mí todo el dominio de decir las cosas, lo tengo y mi mano, como decir mi pensamiento y todo yo, desmaya. Veo en mis dedos toda la melancolía, es un juego de dolor de ausencia, de nostalgia y un empeño de andar por fuera cuando uno anda tan por dentro.

* * *

Bajamos, estas carreteras son difíciles. Todos con el arma en la mano por las emboscadas.

* * *

En San Rafael del Norte y también en San Sebastián y San Antonio, la vida no vale nada, es extraño cuando no hay dos o tres muertos cada noche, la vida no vale nada.

* * *

Vivir es abrir los ojos y mirar, comer, andar, sufrir, amar, odiar, pelear, beber, conversar, dormir y despertarse en sitios, ciudades, campos y lugares, hacer el amor y fastidiarse tan de cerca y tan de lejos; un amanecer, un sol que cae, el lirio de las piernas de esa mujer de junco, el fusil en la espalda del chavalo, el horizonte del recuerdo de un oficial de Sandino. Sólo Dios no vive por culpa de la eternidad.

* * *

Esta colina es como un castillo coronado en piedra y hasta el jeep florece, cubierto está de vegetales y hay flores entre ellos.

—Antena a Ganso, antena a Ganso. Caremalo fue a las nubes, que baje, que baje, los tienen allí.

—¡Jueputa! No puedo dejar sola esta zona.

—Ah vaina, que baje, hay tres compañías, están localizados, ya van los obuses, dejá la verga.

—¿Y ustedes?

—A kilo y medio.

Esta colina es como un castillo coronado de piedras, enfrente, allí en la laguneta de juncos, las garzas y el vuelo de las aves blancas, *viuditas* me dijeron, son como los dientes del aire a risa plena, una carreta pasa llevada por bueyes milenarios.

* * *

Me hacen falta los compañeros de Yalí, uno anda buscando amores para sufrir después.

El comandante Baltodano, esa insólita combinación de juventud, sabiduría y profunda belleza moral de combatiente; Oscar Lanuza, segundo comandante, lo mira a uno como riéndose de lo que uno lleva

adentro y un sentido del humor sin habladurías, te mira y te conoce.

Bosco tuvo que asumir la dirección, en tiempo de batalla, porque a Oscar lo fuñeron las paperas, cómo estará de arrecho. Bosco es un personaje para un cuadro de Rafael, nadie advierte tanta fuerza en la belleza de la valentía.

* * *

Cierro este cuaderno con Jesús Pineda Cordero, un anciano bien fuerte, oficial de Sandino. Hablamos en Jinotega, me contó en detalle muchas cosas, recordó a Gustavo Machado y a Carlos Aponte. Bebió conmigo un trago y es la mejor condecoración que tengo.

Me dijo:

—Vos tenés nobleza.

Lo vi a fondo, son ya más de ochenta años.

—No soy noble sino amigo.

Sonrío burlándose y me dijo:

—Por dentro se le ve la pureza.

—¿Cuál?

—La suya.

Me puso una mano en el hombro y me acompañó hasta el carro militar.

Gustavo Machado estaba entre los dos, y Sandino.

—Mis hombres no me pueden ver llorar —dijo—. Yo estaba en el cuarto de despacho de los oficiales, en esta inmundicia de pensión, escribiendo.

Me quedé mirándolo, cuando una gente llora, yo no sé qué hacer, me angustio, pero no sé qué hacer.

—Vos sos escritor, decile al mundo que en setenta combates no me han matado.

Las lágrimas caían sobre las granadas que tenía en el pecho, y esto no es una frase, es verdad.

Le rogué que descansara un rato, que yo me comprometía a despertarlo en media hora.

Se quedó mirándome, dijo:

—De aquí salgo sin debilidades.

Y así fue.

Murió antier al frente de sus hombres. No quise verlo, me quedo con toda su agonía.

* * *

Este viejo imbécil, servil de Somoza, anda con retratos de sus nietos, sigue el ritmo de la música y hace payaserías. Fue ministro, todos ríen. Fuma un tabaco que no enciende ni le quita la corona, nadie lo persigue, le dicen doctor y está la necedad en su pequeño frío.

Es una de esas razas que detesto, minúsculo, servil, aprovechando la ignorancia sin ser sabio, pasan a tu lado y sientes que son cucarachas, arveja vieja que ni siquiera canta, ministro de Somoza, pobre diablo tolerado, eres payaso lejos del corazón de los que caen. Tú no caes porque nunca has tenido la estatura de la vida.

* * *

La soledad, en ella estoy, me acompaña y tiende sobre mí un abrigo de mirada tibia; tengo conmigo todo el miedo que quiere mi existencia para seguir peleando. Tengo miedo y amo, por Dios que amo,

si no de qué brazo, de qué piedra, de qué árbol me agarraría.

Estoy conmigo muy estando con todos mis amigos. Vi los volcanes y aquí delante, el lago. No sé llorar pero aprendo, es demasiada la intensidad del caucho de mi vida, que se rompa un día en las manos de quienes tanto me quieren.

* * *

Éste es un hotel de Contras, inteligentes algunos, necios los más. El recibimiento a mi llegada, Ernesto Cardenal y Herty Levite, dos ministros y luego la foto con el Presidente en primera página dieron publicidad a mi visita, añádase el brioso artículo de Freddy Balzán, mi compatriota, y el viaje al Norte, al BLI (Batallón de Lucha Irregular) y pues, hombre, todos saben en qué ando.

Así que me provocan y yo soy presa fácil.

¿Cómo pudo ser canciller de Somoza este hombrecillo pintoresco y cervecero? ¿A quién representaba? Porque no puede representar a la nación de Rubén Darío, anda par allí, le dicen ex canciller y los mesoneros se burlan, el gobierno sandinista ni lo toca, no vale la pena, se bebe las cervezas y no las paga y habla y habla y habla.

Parece que Somoza se enamoraba de los hombres, no femeninamente, él era muy hombre, sino por capricho, por algún detalle, porque le daba la gana, y los elevaba, a su antojo. Esta pobre criatura es un conejillo de Somoza sin esperanza de una muerte heroica ni de una vida infame.

* * *

—Vos andás mal informado, me dice Raúl, y andás desorientado, yo soy de izquierda, pero vos sos del extremo.

Tiene hacienda en Jinotega.

* * *

—Vos sos de derecha —me dice un sandinista que acompaña a un subteniente y hojea este cuaderno.
—¿Por qué de derecha?
—Porque no les das más duro.

* * *

Delante de mí este lago, y el mundo y la vida.

—Lo felicito —me dice un periodista extranjero que ha observado—. Usted dice cosas que nadie se atreve a decir y las dice con fuerza y naturalidad.

Jamás me habían hecho una gracia así, estrecho su mano y le devuelvo gracias.

* * *

Ah, los internacionalistas, fauna apátrida y parásita, los nicas no los quieren porque vienen a comerse sus frijoles, abundan como moscardones de las revoluciones que triunfan, sólo corren el riesgo de no comer a la hora y hablan el supersticioso lenguaje del antiimperialismo en nombre de la vida que no arriesgan. Turistas del amor y de la libertad, ojos profundos de una sabiduría inútil.

—¿Vos sos internacionalista?

—¡No!

—¿Sos periodista?

—No.

—¿Qué sos vos?

—Jueputa.

* * *

Le dejé a Cornejo, el médico, las medicinas que él escogió de la caja que yo llevaba. Teresa me raspó los jabones, el desodorante, la pasta dental y yo le regalé mi chaqueta y mi bufanda, guerrillera, lujosa, maldita y tierna.

—Vos sos el hombre más bueno que ha pasado por aquí.

No se lo creo. Se ríe con el fusil en la mano.

* * *

Hay una cultura impredecible. Metagalpa y Egipto, y los gitanos, que eran egiptanos: la gente habla con mucha rapidez, yo trato de hablar así, pero no puedo, se mezcla la tristeza del lenguaje de los Andes con la alegría burlona de la costa. Pero no olvidaré jamás cómo hablan los nicas.

* * *

Este Ramón sí come, mirada inteligente, barba de perilla, gran chef de cocina internacional, toca el piano, ahorita mismo lo escucho. Estuvo y anduvo en Caracas. Su padre, Cristino, de quien diré algo después, fue fusilado; también su madre, en 1946 (febrero 21), era comunista. Ramón García, hijo de Cristino, me regala documentos, escribirá un libro, ya lo tiene, es de cocina.

* * *

Pensar que seré un esqueleto de profundas cavidades.
¿Cómo reiré, Dios mío?

* * *

La mano en el frío, arriba en la montaña, se encurruja, la abro y la cierro, duele pero sigue siendo mía, qué cosa, estas coyunturas me obedecen doliéndome, saben muy bien que soy su dictador, no hay democracia, y cuando escribo hay un lirio de voz que me florece.

* * *

Me muerde la soledad que me acompaña. Y el miedo lo tengo, no en la pistola que cargo en mi cintura, sino en esta acumulación de no morir.

* * *

Tengo en mis manos un lápiz, un papel y un ron. No me hace falta nada. Me hacen falta mis amigos, tan lejos.

* * *

Sucede que me siento a veces solo, y recuerdo, mi vida es propiedad del canto.

* * *

A lo profundo, a lo profundo, nadador de aguas profundas vuelan mis alas en la profundidad.

* * *

Digo sólo una cosa: mi vida vale la pena de mi muerte.

Entretanto, el amor.

Todas las canciones del mundo están conmigo y en mí, tratando de enseñarme a cantar lo no cantado.

¿Qué será?

Debe ser algo así como mis dedos que desmayan y no escriben y se descuelgan sin las fuerzas de sus coyunturas derretidas de amor, débiles de tanto amar sin decir nada.

* * *

Freddy Balzán, fuerte, serio, juvenil, trabaja sin cesar, viene de una larga trayectoria sindical y periodística, fundador y activo director del Comité de Solidaridad con Nicaragua, en Venezuela no vaciló en dedicar su vida, su destino y su familia a esta revolución, y lo hace jubilosamente como diría Ortega

y Gassett hablando del hombre y su destino y de la muerte jubilosa.

Estuve en su casa, compartí su pan y el amor candoroso de los suyos. No alardea, me entregó una macaró y el uniforme verde oliva, es todo un hombre. Un venezolano.

* * *

Le di unas medicinas a una mujer, se llama Esperanza y tiene bigotes, toca el piano, le llamaron la atención, como decir, la reportaron. Aclaré el asunto, fui yo el de la iniciativa, hay todo un orgullo de la revolución, y es bueno.

También el shampoo me lo raspó Teresa, jabón líquido lo llaman. Frente al lago, y caminando hacia acá, viene un hombre con una guitarra.

* * *

¡Que ironía!, no puedo vivir solo y vivo solo siempre acompañado, se derriten de lejos los recuerdos, la vida es una vela encendida, y ya sabemos, la palabra es el soplo de Dios.

* * *

Camino por mi cuenta y hacia el lago, karma de mi vida, unas mujeres venden ron, pero por cajas, digo si me pueden dar una botella.

—Compa —dicen— si trae el envase.

—Ay, mi cantimplora se quedó allá lejos.

—Sea buenita, pago el envase.

Jueputa y me la dio.

Reagan es la verruga del mundo y la Thatcher, el cáncer de la vida.

* * *

Juntos andan jodiendo a Nicaragua.

Seguro que si los dos se acostaran, no podrían hacer el amor sino la muerte.

Caraspálicas empolvados de arena de una playa sin mar, jueputas.

* * *

Hay sol y viento y vida y pájaros cantando, hay revolución y amor, todo lo demás es destructible, como las ruinas.

* * *

Aquí en San Sebastián de Yalí hay muchos dientes de oro, es una distinción, Julio César Rugama tiene dientes de oro, es como tener un hato al sonreír; David Saledón, Catalino Chuveira Cano, Félix Rivas.

"Ah Yalí, San Sebastián, donde la vida no vale nada".

Si no son dos muertos al día, la gente piensa que algo raro pasa.

Dientes de oro, y los coleccionan.

* * *

Me tiene ya la tarde tan conmigo
el oro del puñal alumbra y pasa
me tiene ya la vida sin la casa
me tiene ya la vida sin contigo.

Lejos estoy de ser mi propio amigo
amigo soy de amor con que me enlaza
el pulso de esta mano y de esta brasa
ardiendo en la memoria con que abrigo

el futuro de todo lo perdido

en el calor de todo lo ganado
ardiendo voy, y voy tan encendido

que el mismo sol me tiene de su lado
y soy tan poco fuego consumido
que arden llamas de amor en mi costado.

* * *

“El latinoamericano perfecto es la suma de la belleza del mejicano, la astucia del ecuatoriano, la modestia del argentino, la honradez del colombiano y la inteligencia del venezolano”.

* * *

Estos nicas, un lago es la serena profundidad que no gozan los océanos, un volcán es el despecho del fondo de la tierra y las montañas son las tetas de una diosa echada sobre lagos y volcanes.

¿Qué les pasa que de pronto los veo sin lagos, ni dioses, ni volcanes?

* * *

No puedes reducir jamás el tamaño de tu destino.

Escucho gente hablando chochadas, bebiendo guaro y caminando bolos.

Me compensa en las entretelas del corazón, lo que viví, sufrí y amé en el BLI; estoy triste de no estar allá, en el frío, con la macaró y el gallo pinto.

* * *

Ah, Dios, ¿por qué estoy solo en el cálido mundo que me han dado? Soy cobarde como un árbol estremecido por vientos enemigos. No sé, respiro y siento y amo.

* * *

Escribir es acompañarse, como alargar las manos y las uñas en lirios que van brotando y saliendo de ti y se devuelven para cubrir tu desnudez.

He dado al aire mis palabras y he sufrido, si no van juntas con el dolor y el amor y el odio, son piedras perdidas las palabras, duelo adentro.

* * *

Nicaragua es mi conciencia, mi virtud y mi pecado, Nicaragua soy yo, un hombre de lagos y vol-

canes, Nicaragua es la partida de nacimiento de mis hijos.

* * *

¿Por qué tan silenciosas las parejas? Se sientan y no hablan, son jóvenes, pero es como si regresaran de un futuro que no tuvieron, y hay cansancio en la mirada y en las manos, vivir así es como flotar en el tedio, en la tristeza, en el desajuste amoroso de la vida, en el silencio de quienes no tienen nada que decirse. Los brazos de la mujer desmayan, sus codos se apoyan lentamente; el hombre fuma con pereza; todo desmaya y cae.

* * *

¡Qué bella esta niña que corre en la mañana! Rasga al viento, florece en la luz del día y corre y corre y corre.

¿A dónde va?

De bruces viene de la vida y va hacia ella, parece nieta mía.

—¿Cómo te llamas?

—Gabriela.

—¿A dónde vas con tanta prisa?

—¿Qué es prisa?

—Prisa es lo que llevas, tu propio movimiento.
Se detiene, me mira y dice:
—Siempre ando así.

Hace un gesto de pícara manera y vuelve a su velocidad, sigue corriendo, de lejos se detiene y me sonrío, su mano se agita como un astro.

Yo me quedo como queriendo andar corriendo.
Allá va Gabriela como una mariposa.

* * *

Estoy aturdido por un mundo que no me pertenece y sin embargo es mío.

Recibo la trágica noticia, yo regresé el jueves, sucede que antier, el viernes, mataron a todos los ocupantes del vehículo donde yo subía al puesto de avance. Una emboscada.

* * *

Siento la tristeza de una flor marchita, ya ni el sol me ayuda; Momotombo, aquí está enfrente, Momotombo, coño. ¿Por qué no estoy en Trujillo, en Valera, en Mérida, en Niquitao, en Boconó, o en Calderas o con José León Tapia, a caballo, muy cerca del Caipe?

* * *

Esta mujer se mueve tan sedosamente que seduce al agua, criatura del azul, un jorobado camina por allí sin gafas, no la ve pero la siente en el vuelo del agua de sus alas, cómo sabe hacer tantas cosas esta niña, y no se cansa.

La otra es blanca, de nalgas caraspálidas, y tiene ancas de rana.

* * *

Tan solo estoy que no me escucho, hablo y no siento la voz de mi pisada, soy como un algodón de palabras que el viento cruza en lejanas semillas.

* * *

Lucía es mi nieta
Lucía, Lucía
tu vida es la mía
y canto en las olas
canciones de amor
soy pez en los mares
soy pez en los ríos
soy ave en la flor
Lucía, Lucía
Allá en la montaña

tu noche es mi día
y alumbra la araña
de tu algarabía
Tus ojos son lagos
me los bebo a tragos
se quedan por dentro
tu risa es el centro
de la vida mía
Lucía, Lucía
tu vida es el cuento
de la vida mía.

* * *

Yo que no lloro, me resbalan las aguas por los ojos, como una lamparita de mirar por dentro.

* * *

¡Qué joder! Cuando estoy saliendo me dicen que no puedo llevar mis uniformes, yo me he negado a retratos ridículos, pero esta ropa la vestí y la rodé.

Digo:

—Bien, amigos, ojalá sirva para alguien más, no hay problema. Antes de partir vino corriendo un cachorro y me los entregó.

* * *

Esta niña sufre, es demasiado muchachita, y yo no puedo hacer nada, estuvo conmigo dos días, sólo ruego que no la castiguen, que yo soy el culpable. Y lo soy. Jamás me dio su nombre. Sonreía.

* * *

Estoy un poco raro porque no sé que me pasa.

* * *

En San Salvador no bajé, me dijeron que no lo hiciera, no lo hice, allí ni amigos tengo, sólo una cosa tengo: la fe, el mar, el mundo, como decir Farabundo.

* * *

¿Por qué un hombre puede sentirse tan triste y tan acompañado?

* * *

Me tumba la muerte de un hombre tan joven, precisamente en el vehículo donde siempre íbamos juntos, tenía una frescura de manzana en la mirada y era valiente.

* * *

Ahora escucho una canción y estoy fuera de peligro, por dentro me queda la vergüenza de seguir viviendo.

Tengo que dormir y pensar, maldito lápiz, tengo que dormir; siento que la palabra es la absoluta necesidad de Dios, tan mudo como inmortal.

Regálame, cielo, una pequeña lluvia azul sobre mis manos, te juro que dormiré sobre la hierba.

* * *

¿De dónde me viene tanta fuerza y de dónde me viene todo lo contrario?

* * *

No es bueno andar manejando la mano en la palabra, yo no puedo evitarlo, aunque no valga nada, es como respirar cuando alguien se ahoga, yo no sé, es como irse durmiendo buscando en el sueño lo que no has tenido en la impalpable tenencia de la médula de ámbar del corazón que ruge y no conoces. Es terrible, yo lo sé.

* * *

Pienso que no han debido despertarlo a uno. Qué belleza tan de verdad profunda sería ser tan sólo un sueño. ¿Por qué recuerdo tantas cosas? ¿Por qué tengo que haberme visto tan de lejos? ¿Por qué mi mano gira sobre mi pensamiento?

No puedo abandonar, no me puedo quitar de mi camisa las uñas que se agarran de mi propia muerte, me desgarran de verdad por dentro, y andan conmigo.

* * *

Frío y calor es como el bien y el mal en blanco y negro. No hay nada de eso, no hay bien ni mal, ni blanco ni negro, todo lo que hay es el amor que en horas de dolor ya es odio.

* * *

No puedo asimilar, dormir o razonar tanta experiencia, quiero decir, Nicaragua.

Me levanté una noche y daba tumbos, y nadie a quien llamar. Hay algo dentro de mí que pertenece a otros y es una propiedad poco privada. Soy yo en el pequeño océano profundo.

* * *

¿Qué va a quedar de todo esto?

Va a quedar la vida que es la muerte inolvidable y algo más, Dios se muere lentamente y en la medida en que mis ojos, apagándose, eliminan la luz.

Quiero el sombrero de Sandino porque siempre será el techo de mis hijos.

CARTA A DIOS

Mira, Señor, por mí, la luz que no conozco.

Concédele a mis ojos el mundo que le has dado. Quítamelo poquito a poco, te quiero conocer. Los viajes espaciales, las galaxias, las ciencias del barro de tus semejantes, no sabrán dónde está tu residencia ni la divina judicatura del amor y del perdón. Sé que el amor, tu esencia, no es astro ni planeta, sino tú mismo por dentro y habitando el cuenco de uno mismo.

Yo te llevo en la palma de mi vida y sé que me haces valiente sin yo serlo, y sé que me acompañas.

Tus ministros no entienden, es tu error, son tus criaturas.

Conmigo te equivocaste en algunas cosas, tú, lejano poeta del espacio. Soy tan tuyo que voy

conmigo y van conmigo criaturas tuyas que llevan, portan, corren y usan fusiles para defender tu reino, el de la libertad del hombre y de los pueblos.

Así fue en Venezuela y en tu América con Simón Bolívar, en la otra América con Lincoln, en Cuba con Martí, con el Che y con Fidel. En Nicaragua con Sandino, con Fonseca, con Israel y con todos los caídos que alimentan el fuego de los que aquí luchan y mueren para seguir venciendo, Daniel entre ellos, caminando tranquilo y fuerte ante leones.

Protégelos, Señor. Amén.

Índice

EXPLICACIÓN	7
SANDINO REGALA UNA CANTIMPLORA	9
CARTA DE NICARAGUA A DIOS	25
CARTA A DANIEL	68
CARTA A DIOS	97

Edición Digital
agosto de 2016
Caracas -Venezuela

Viaje a Sandino, de Orlando Araujo, es un testimonio diferente, son ideas, visiones, más como diario que como crónicas, a raíz de su viaje a la Nicaragua de la Revolución Sandinista, en 1985, poco antes de su muerte. Es un libro cuya rareza radica en la naturaleza y vitalidad de la escritura breve y aguda de la observación, con un estilo poético a modo de diálogo introspectivo, pero también desde una visión de registro objetivo de ciertas realidades. Como bien dice Araujo al comienzo del libro: "Este libro no es libro, soy yo en un testimonio de amor buscándose a sí mismo". En su primera edición, el editor José Agustín Catalá anotaba: "A Nicaragua fue para indagar lo que allí ocurre. Con una lealtad no disimulada hacia el proceso revolucionario, pero al mismo tiempo con ojo crítico. Lo que hoy nos entrega en este libro es un testimonio excepcional, no sólo por lo bien escrito sino porque a través del mismo se captan los rasgos más auténticos de una realidad que hoy compromete, en uno u otro sentido, a todos los latinoamericanos".

Orlando Araujo (Barinas, 1928-1987)



Economista y licenciado en Letras de la UCV. Cursó estudios de postgrado en la Columbia University de Nueva York. Fue director de la Escuela de Letras desde 1969 hasta su allanamiento y profesor de las escuelas de Letras y de Comunicación Social de la UCV desde 1958. Periodista de amplia trayectoria en temas económicos, políticos y literarios. Uno de nuestros mejores escritores. Su bibliografía comprende más de treinta títulos, entre ensayos literarios, cuentos, poesía, crónica, historia y literatura infantil: *La palabra estéril* (1966), *Venezuela violenta* (1968), *Narrativa venezolana contemporánea* (1972), *Contrapunteo de la vida y de la muerte* (1974), *La letra roja: la violencia literaria y social en Venezuela* (1974), *7 cuentos* (1982), *Crónicas de caña y muerte* (1980), *La palabra activa* (1968), *Los viajes de Miguel Vicente Pata Caliente* (1977), *Glosas del piedemonte* (1980), *Elia en azul* (1988). Obtuvo el primer premio del Concurso de Cuentos de *El Nacional* (1968) y el Premio Nacional de Literatura (1975), entre otros.

